

entre ellos desde el primer momento. Sawas, hombre cauto que no quería comprometerse sin seguridades de éxito, quería que antes de dar el grito se asegurasen de las disposiciones de Thracia y de la Grecia occidental, mientras Georgakis nada le preocupaba como no fuera entrar inmediatamente en operaciones. Este bravo patriota, juzgando las almas de los demás por su grande alma, creía que bastaría el ejemplo para que todo el mundo siguiera, así proponía que se intimara á Milosch la orden de secundar el movimiento á lo que quería obligarle, si no lo hacía de buen grado, pues Georgakis, que había combatido en Servia, creía tener allí bastantes amigos para producir el movimiento. El disentiendo con Miguel Soutsos, lo produjo la noticia de la gravedad de la enfermedad de Alejandro Soutsos, el hospodar de Valaquia, cuya herencia esperaba recoger en Constantinopla, y cuyo resultado iba ahora á comprometer la insurrección, que triunfante pondría en Valaquia un príncipe ruso, de modo que ya antes de dar el grito todo eran conatos de traiciones que habían de tener lugar delante del enemigo y en su provecho. Muere Alejandro Soutsos,—1.º de Febrero,—y en efecto el momento era llegado y oportuno para que Miguel Soutsos se decidiera, y éste no pudiendo resistir la tentación de juntar á Moldavia la Valaquia, consintió cuanto de él se pidió. Sin embargo, lo que más contribuyó á decidirle fué el saber que al fin la Puerta tenía conocimiento cierto de los planes de los hetairistas, por haberlos revelado algunos miembros infieles de la Asociación en diferentes puntos.

Favoreció el levantamiento en Bukharest, Theodoros, llamado Vladimiresco por estar condecorado con la cruz rusa de Vladimir y formar parte de la tropa del hospodar. Vladimiresco era tan ambicioso como ignorante, y tan afortunado como valiente, si bien pérfido y traidor como todos los que buscan la gloria por vías indirectas. Georgakis había iniciado á este hombre, y le indujo á inaugurar el levantamiento; Theodoros, en efecto, después de la muerte del hospodar de Valaquia, dió el grito en Tchernetz, en la pequeña Valaquia, de donde era oriundo, proclamando «que como fiel súbdito de la Puerta, se levantaba para hacer cesar el abuso de las exacciones y de los hospodares, restableciendo las antiguas costumbres:» llevando la ficción hasta enviar al sultán una memoria justificativa de sus reclamaciones. Con este programa y actitud Theodoros fué organizando su gente hasta decidir al nuevo hospodar Skarlatos Kallimachis á enviar para reducirle un cuerpo de tropas de ochocientos hombres

mandado por C. Samourkasis, Georgakis y Pharmakis el macedonio, todos de la conspiración. Al mismo tiempo envió á Bukharest á Juan Samourkasis y otros para pacificarla y disolver el gobierno provisional que allí se había constituido, pero lo que hizo Samourkasis fué encargar al dicho gobierno que apoyase las reclamaciones de Theodoros cerca de la Puerta. Desorientada así la insurrección, el gobierno de Bukharest acabó por no saber qué partido tomar, y hubiera llamado á las tropas turcas á no oponerse el cónsul ruso, y ser precisamente necesario según los tratados el consentimiento de Rusia para que los turcos pudieran pasar el Danubio. Así cuando se presentó Theodoros á las puertas de Bukharest, los más comprometidos pasaron la frontera austriaca, mientras Sawas, encargado de la defensa de la ciudad, la entregaba sin resistencia; Theodoros entró el día 30 de Marzo siguiéndole Georgakis y Pharmakis, pero sin confundir sus tropas esperando lo que viniera de Jassy.

Ypsilantis en el momento preciso de dar el grito, envió al cónsul de Rusia en Constantinopla,—barón Stroganov,—un gran número de cartas de los que tenían familias en Constantinopla, aconsejándolas que huyeran porque iba arder Turquía entera, poniendo en un brete al embajador, á quien de tan torpe manera comprometía Ypsilantis. Este había llegado á Jassy el día 6 de Marzo sin saber á lo qué iba ni lo qué había de hacer. Resolvióse primero por hacer un llamamiento al pueblo aboliendo los privilegios de los boyardos en nombre de la igualdad política, pero Rhizos, su gran admirador, le hizo presente que con esto se iba á indisponer con elementos poderosos, y esto bastó para que Ypsilantis desistiera de su plan y diera su alocución de 7 de Marzo, diciendo que estaba de paso en Moldavia para Grecia, que obedecieran todos á su amo y señor, pero que si «algunos turcos desesperados se atrevían á conculcar el suelo de Moldavia, que una gran potencia estaba pronta á castigar su temeridad.» Reunió al diván de los boyardos é hizo que éste escribiera al emperador Alejandro que estaba en Laybach, para que viniera á ocupar la Moldavia apoyando el mismo Ypsilantis esas reclamaciones. A los pocos días salió para Valaquia repitiendo lo mismo, agravando sus declaraciones con la de que Wittgenstein concentraba las tropas de Varsovia en la frontera para estar prontas á intervenir.

El llamamiento que hizo á Grecia,—18 de Marzo,—declamatorio y altisonante, contenía también la promesa de la intervención de una grande potencia, de modo que Ypsilantis explotaba esa situación

equivoca suya que de un momento á otro podía recibir una categórica y terminante desautorización, en vez de exaltar al país con propósitos y actos firmes de consagrarse á su regeneración. Así, como lugarteniente de esa gran potencia que suponía cubrir sus espaldas, se daba aires de soberano, se rodeaba de una etiqueta insufrible y ponía al frente de sus tropas á sus hermanos y otras hechuras de su círculo íntimo, separándose así de los elementos que podían llevar adelante la sublevación, como Georgakis, á quien en vano se le recomendó como al hombre indicado para presidir el movimiento; Ypsilantis se desentendió de todo y puso á la cabeza á su amigo Karavias, que inauguró su mando acuchillando una patrulla turca en Galatz, puesta allí para proteger á los turcos, acto que el príncipe elogió en una orden del día que dió aviso á los turcos, hasta entonces recelosos, de lo que se tramaba contra ellos. Lo mismo se repitió en Jassy, en donde se había desarmado la guardia turca y encarcelado junto con treinta comerciantes de la misma nación. Estos asesinatos disgustaban profundamente á los que no querían hacer más que el oficio de soldados y que veían con dolor como se pasaba el tiempo sin hacer nada, pero Ypsilantis impasible y ya indiferente á todo en vista de que el país turco no se levantaba, ni Constantinopla era abrasada por las llamas de la hetairia, dejaba que la revolución se desalentara, en vez de acabar con la ficción del gobierno oculto y llevar la revolución á Servia, que decididamente no se unía al movimiento, pues el astuto y prudente Milosch que no creía en los griegos, estaba convencido de que nada podía esperar de los rusos.

Con estas disposiciones nada favorables salió Ypsilantis de Moldavia para Bukharest, dando órdenes anticipadas á los pueblos de que recogieran raciones para diez mil hombres, cuando toda su gente, de diversas procedencias, no pasaba de ochocientos hombres, de modo que no había más remedio que suponer que á Ypsilantis le faltaba el más precioso de los sentidos, el sentido común.

En Valaquia Ypsilantis fué recibido con frialdad. No querían los rumanos hacer de su país el campo de la guerra de la independencia de Grecia, y esta disposición de ánimo era tan notoria, que cuando en Constantinopla se supo lo que pasaba en los Principados, nadie quería creer que existiera la menor relación entre los movimientos de Ypsilantis y de Theodoros. Pues bien, esta disposición de ánimo sobre la que se había tanto discutido en Odessa, y que ahora podía apreciar sobre el terreno Ypsilantis, era notoria á todos menos á Ypsilantis, quien al

llegar á la frontera de Fokchami dió una proclama «á los Dacios» excitándolos á libertar á Grecia de sus opresores, con lo cual acabó de desanimar á los valacos, pero en Fokchami se le juntó alguna gente que le trajeron Karavias y Anastasios de Argyrokastro, y entonces se organizó la legión sagrada, cuyos individuos iban vestidos de negro llevando en el morrión pintado un cráneo, legión destinada á renovar los triunfos de Leuctres.

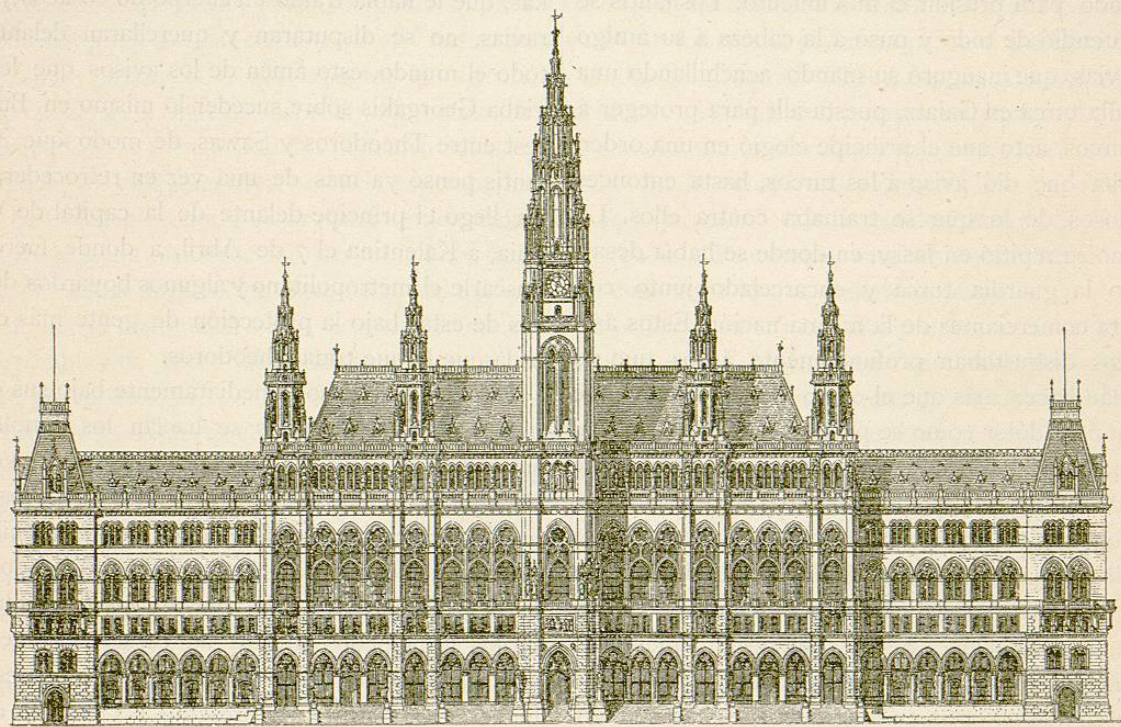
La marcha del príncipe era lenta, porque no se pasaba día sin que los favoritos del príncipe, Doukas, que le había traído un cuerpo de cosacos y Karavias, no se disputaran y querellaran delante de todo el mundo, esto amén de los avisos que le enviaba Georgakis sobre suceder lo mismo en Bukharest entre Theodoros y Sawas, de modo que Ypsilantis pensó ya más de una vez en retroceder. Por fin llegó el príncipe delante de la capital de Valaquia, á Kalentina el 7 de Abril, á donde fueron á buscarle el metropolitano y algunos boyardos desearios de estar bajo la protección de gente más civilizada que la que traía Theodoros.

Georgakis se puso inmediatamente bajo sus órdenes, pero los otros jefes se hacían los remolones; sin embargo, Sawas se mostraba quejoso de que no vinieran los refuerzos rusos prometidos, sin los cuales los Principados estaban perdidos. Lassanis, secretario del príncipe, le tranquilizó diciendo que Rusia no podía intervenir antes de que la revolución de los Principados tuviera un carácter grave que justificara su intervención, y Sawas, como si esto le hubiera convencido, se presentó á Ypsilantis como su más fiel servidor, desvaneciendo los recelos que sentía el príncipe por Theodoros á quien se comprometió á hacer venir quedando de rehén en su campo. Theodoros se presentó, en efecto, protestando con igual calor que Sawas de su lealtad, esto cuando había ya trabajado para entenderse con los turcos esperando que éstos crearían para él un gobierno indígena en los Principados.

Recibió Ypsilantis, en Bukharest, contestación á la carta y mensaje que se había dirigido á Laybach al emperador de Rusia, quien desautorizaba en absoluto el movimiento, avisándole que había dado orden á su embajador en Constantinopla para que lo hiciera así entender al sultán, á quien debía ofrecer su cooperación para apaciguar el país. A la vez que esta desautorización, recibía Ypsilantis otra no menos sonada: el patriarca y el sínodo griegos, cediendo evidentemente á las insinuantes observaciones del sultán condenaron su obra, ordenábale además el tsar, que licenciara su gente «si aún era

tiempo,» que se dirigiera al embajador ruso en Constantinopla, «si tenía que hacer reclamaciones,» y como á la orden del tsar, por mandato de éste se acompañó una carta autógrafa de Kapodistrias encargado de dorarle la pildora, pero en la cual se le decía que el tsar no consentiría nunca que una sociedad secreta perturbara á un gobierno aun cuando éste fuera el turco, Ypsilantis, de buena ó de mala fe, creyó que cabía una interpretación de las órdenes del tsar, que no se le desautorizaba en absoluto y que podía continuar adelante, ¿pero cómo?

Para una alma grande y heroica no había, dice Gervinius, con razón, más que dos salidas; ó declararse engañado y asumir sólo la responsabilidad de todo lo hecho, ó correr, aunque fuera solo, adelante para salvar su honor de soldado y de patriota. Precisamente en estos momentos Theodoros instaba á Ypsilantis que pasara el Danubio y se presentara en la Bulgaria, en donde le decía sería bien recibido, cuando al príncipe le constaba todo lo contrario y cuando tenía ya noticias positivas de la traición de Theodoros. Ypsilantis no pudo, pues, ser sorpren-



Casas consistoriales de Viena (obra de Schmidt)

dido ni por un arranque de su corazón ni por los consejos pérfidos de Vladimiresco. Por lo contrario, estándole prohibido por el tsar que pudiera volver á Rusia, marchó á apoyarse sobre la frontera austriaca, ocultando su movimiento de retirada con grandes apariencias bélicas yéndose á tomar posesiones en Tirgovicht, mientras mandaba á la pequeña Valaquia un cuerpo de tropas de observación á las órdenes de Georgakis que se estableció en Plo-yechti.

Libres las manos de Turquía con la declaración de Alejandro, salió inmediatamente de Constantinopla Selím-Mehemed al frente de un cuerpo de genizaros, para tomar el mando de las tropas de los pachás de Silistria, Braila y Widin que pasaron el Danubio marchando el primero en línea recta sobre Bukharest al frente de dos cuerpos de ejército de

cuatro mil hombres cada uno, mientras el pachá de Braila cargaba,—12 de Mayo,—con cuatro mil quinientos hombres sobre Galatz, ocupada por sesenta hombres á las órdenes de Athanasios Karpenisi, y penetraba el pachá de Widdin con iguales fuerzas en la pequeña Valaquia.

Había, pues, llegado el momento crítico y Theodoros no vaciló, poniéndose en comunicaciones con los turcos. Denunció sus manejos Sawas, y como se retirara Theodoros á la pequeña Valaquia, dió orden Ypsilantis á Georgakis que se apoderara del Vladimiresco, lo que hizo arrancándole de en medio de su gente con gran bravura y valentía, revelando á sus tropas estupefactas, la traición de su jefe, que fué enviado al campo del príncipe, en donde murió acuchillado el 12 de Junio sin más forma de proceso.

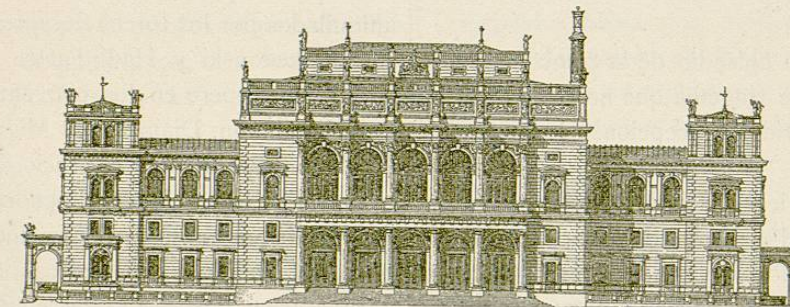
Ypsilantis, que no tenía ya más idea fija que la de

escapar á Austria sin que se le pudiera tachar de traidor, fué concentrando sus tropas para una acción, pero no todas llegaban sumisas. Doukas, que había comprendido que Ypsilantis había mandado al príncipe Kantokuczinos á Jassy, para que pudiera escapar á Rusia por la Bessarabia, y Sawas que también había hecho la misma observación, no tenían ganas de dejarse encerrar en Tirgovicht, cuyo punto se había atrincherado; pero Doukas cedió al fin á las reiteradas órdenes del príncipe, mas no así Sawas que procuraba justificar su conducta con razones más ó menos pasaderas.

Ypsilantis no quería, sin embargo, combatir en Tirgovicht, á donde había dirigido el pachá de Silistria la mayor parte de sus tropas al mando de Kara-

Achmet, pues se fué á tomar nuevas posiciones en Dragatchan, lo que le ponía más cerca de la frontera austriaca, dejando en Tirgovicht parte de su gente con Doukas y Anathasios de Argirokastro, que se batieron el 9 de Junio con los turcos, y aunque estuvieron bien en el combate, al tener que ceder al número, se desbandaron sus fuerzas presas de terror pánico, del que fué víctima el mismo Doukas. Cuando Sawas se enteró de lo ocurrido, se arrancó la máscara y puso unos mil hombres en Tirgovicht á las órdenes de los turcos.

Avanzaba el pachá de Widin ante quien había tenido que retroceder Georgakis, y era ocasión de decidirse á romper el círculo que al rededor de Ypsilantis iban estrechando los pachás de Widin y de Silis-



Nueva bolsa de Viena (obra de Hansen)

tria. Ypsilantis vióse obligado á levantar su campo de Dragatchan y llevarlo á Rymnik en la carretera de Kraiwa, pues los turcos de Widin ocuparon á Dragatchan; mas como cometieran la imprudencia de mandar allí sólo á unos ochocientos hombres, Georgakis, á quien se dejaba que dispusiera en lo militar por su capacidad, dispuso su ataque con los cinco mil hombres y cuatro cañones que tenía el ejército del príncipe; pero Karavias, viendo el triunfo seguro y queriendo que fuera suyo, se lanzó con su gente y su legión sagrada sobre Dragatchan, que los turcos habían incendiado,—19 de Junio,—al ver el movimiento de las tropas enemigas, para no quedar encerrados dentro del pueblo. En un principio los turcos retrocedieron, pero viendo que el cuerpo de Karavias no era sostenido, se lanzaron impetuosamente sobre él, destrozándolo y dispersándolo, pues el terror pánico se apoderó igualmente de todos ellos, llegando fugitivos á donde estaba Ypsilantis, quien se dejó arrastrar por ellos, no parando hasta llegar de nuevo á Rymnik, de donde salió el 21 de Junio para el convento de Kosia, situado en los montes Karpathos, sobre la frontera austriaca.

Georgakis, que había salvado de su total destruc-

ción el cuerpo de Karavias acudiendo á su defensa y recogiendo mucha de su dispersada gente, estaba inquieto por la actitud del príncipe, quien acabó por confesarle que se marchaba á Austria y que no esperaba sino el permiso para poder pasar la frontera, pues de otro modo se exponía á ser entregado á los turcos. Georgakis rogó al príncipe que alejase de sí tal ignominia, pero todo fué en vano, é Ypsilantis terminó su comedia pasando la frontera el día 27 de Junio, después de haber representado su último acto, en el que hubo salvas y *te-deums* por haber declarado la guerra á los turcos el emperador Francisco, que esta farsa creyó indispensable para poder salvar su vida y llegar á la frontera con sus hermanos, su secretario Lassanis y algunos otros de sus íntimos. Georgakis y Anathasios que sabían que no iba á la frontera para celebrar entrevista alguna con los austriacos, le dejaron escapar cubriendo su fuga con su desprecio.

Ypsilantis preso é internado por los austriacos vivió hasta 1828, sin que nadie hiciera caso de él. Su familia vivió en Rusia en la mayor indigencia, pues su bizantino emperador se mostró á la altura del hombre que al huir tomó el significativo nombre

de Kommeno. En efecto, Ypsilantis no era más que un kommeno.

Kommenos no lo eran sus soldados, sino griegos, dignos descendientes de los que cayeron en las Thermópilas para salvar el honor de la antigua Grecia.

Hé aquí el epílogo de esa comedia que iguala en grandeza á las más terribles tragedias.

Kantakouzinós, á quien se había mandado á Jassy para que pudiera escapar, pero con la misión aparente de encargarse del mando de Moldavia, pues Miguel Soutsos, su hospodar, cuando supo que Rusia no intervenía, había pasado la frontera, al saber lo ocurrido en Dragatchan, con el pretexto de pasar á saludar por última vez á su madre antes de emprender la campaña contra los turcos que se acercaban, pasó el Prouth y entró en Rusia,—26 de Junio.

Este fué el último episodio de la comedia; ahora comienza la sublime tragedia que no tiene igual ni aún en las más atrevidas concepciones de los poetas antiguos.

«Los hoplarcas-griegos, entre los cuales se encontraba Athanasios, el valiente defensor de Galatz, habían desde un principio reconocido en el príncipe un desertor que abandonaba su bandera; así cuando le aconsejó que pasaran con él á Bessarabia, rechazaron esta proposición como indigna de hombres amantes del honor y de la libertad, preparándose solemnemente á la muerte, recibiendo la comunión en Skouleni. El kiaya de Jousouf-Pachá (de Braila) los atacó con seis mil hombres en su miserable atrincheramiento, ocupado por cuatrocientos ó quinientos hombres. Asustóse ese grupo de héroes al recibir el primer violento choque de la caballería turca; pero repuestos la rechazaron con vigor. Tres nuevos ataques resultaron igualmente infructuosos. En fin, los turcos consiguieron colocar sus piezas de campaña de modo que pudieran batir sus trincheras sin que las balas de los cañones cayeran en territorio ruso. Un cierto Kontos, de Epiro, al caer, combatiendo, conjuró entonces á sus compañeros á que no imitaran el ejemplo de los napolitanos. Trescientos hombres de los allí reunidos, y entre ellos Anashtasios, sucumbieron fieles á su palabra, después de un combate de ocho horas, excitando la admiración de sus mismos enemigos. Algunos pocos se salvaron pasando á nado el Prouth, pero de prisionero no quedó ni uno.

«El gobernador de Bessarabia, testigo de ese combate, dió un testimonio espléndido de su valor, diciendo que con tales hombres, Ypsilantis hubiera podido resistir á un enemigo cuatro veces mayor

que él. Mas, al mediodía del día del combate de Skouleni, llegó al campo de batalla el servio Bladen que había sido antes enviado por Kantakouzinós á Romano de regreso con sus cuatrocientos cincuenta caballos. Si hubiesen llegado algunas horas antes, tal vez habrían podido dar otra salida al combate de Skouleni, mientras que ahora sólo llegaban á punto para ser envueltos en su derrota. Bladen mismo, á quien los rusos enviaron durante la noche barcas para atravesar el Prouth, desdeñó ese medio de salvación y se marchó con algunos hombres fieles á juntarse con Georgakis, que iba á recoger en ese mismo suelo moldavo los últimos honores de esas luchas.

«Los restos de los cuerpos de tropas de Ypsilantis dispersos por Valaquia, fueron en gran parte aniquilados por los turcos durante los últimos sucesos. Makedonski y Hadji-Pachá habían pasado á Transilvania, pero en los conventos de Kosia y de Pentekadilikión, Diamantis y Miguel Oglov y otros vendieron caramente y al precio de su sangre su libertad ó su vida. Un archimandrita servio, que se encontraba en una posición fortificada de los Karathos al frente de seiscientos hombres, consiguió abrirse paso por medio del enemigo y llegar á la frontera austriaca; pero rechazado aquí, rehizo su camino y cayó sobre los turcos, buscando la muerte. Los jefes que como él y Dramantis caían en poder de los turcos, eran enviados á Constantinopla, á Siliistria ó á Bukharest para recibir la muerte de manos del verdugo; Sawas, á quien un celo oficioso verdaderamente terrible había servido para ayudar á destruir sus amigos, encontró también la muerte en Bukarest, en vez de la gracia ó de la recompensa que había esperado obtener,—19 de Agosto;—tal fué también la suerte de todos los albaneses que se habían quedado con él.

«No quedaba ya más que Georgakis. Enfermo y conducido en unas parihuelas, había marchado con su inseparable amigo Pharmakis, con el propósito de pasar á la Moldavia. Estrechado de cerca por todos lados, se arrojó con mil quinientos caballos á las montañas de Transilvania que abandonó al llegar á Krosber, consiguiendo, por fin, llegar á Moldavia en donde se mantenía emboscado en las estribaciones del monte Vesantza, desde donde molestaba á los turcos á cada ocasión favorable que se le presentaba. Tan pronto se hubo repuesto su salud se acercó á las fronteras de Bessarabia,—primeros de Setiembre,—en donde esperaba poder aprovisionarse para continuar su resistencia. Habría podido salvarse y en su derecho estaba el hacerlo; pues no

podía ya combatir por la libertad, objeto de la insurrección; ni por la victoria, fin de la guerra; Georgakis no combatía ya más que por su honor de soldado.

«Durante su marcha llena de peligros, su tropa reducida á trescientos cincuenta hombres llegó con él al convento de Sekka, en el territorio de Nyemt-zou. El único camino por donde se podía llegar á él era un torrente en el que se hicieron fuertes los soldados de Georgakis. Los turcos dispersaron á éstos y se fueron á bloquear á Pharmakis que se había encerrado en el convento y á Georgakis que con once compañeros se había hecho fuerte en el campanario. Cuando los turcos para rendirles principiaron por encender las dependencias del convento, construídas con madera, Georgakis hizo abrir la puerta del campanario y se arrojó con una antorcha sobre un depósito de pólvora que allí se guardaba, sepultándose él, sus amigos y sus enemigos bajo un montón de ruínas.

«Un solo testigo ocular de este hecho escapó como por milagro á la muerte. Pharmakis se mantuvo en el convento aún durante algunos días, hasta obligar al comandante turco,—4 de Octubre,—á ofrecerle condiciones aceptables para que se rindiera, de las que salía garante el cónsul austriaco. Pharmakis aceptó; pero treinta hombres que no fiaban en la palabra de turcos ni de austriacos escaparon durante la noche refugiándose en el territorio

austriaco, y estos fueron los únicos que se salvaron, pues el resto de sus compañeros fué al otro día pasado á cuchillo, á pesar de la capitulación. Pharmakis fué conducido á Constantinopla y decapitado.»

Así acabó esa sublevación de los Principados danubianos que tan grande sensación causó en Europa y que estuvo á punto de dar al traste con la Santa Alianza. Su gran Ypsilantis, por un tiempo el hombre más popular de Europa, al desaparecer de la escena política había dejado á sus compañeros, á los héroes que con tanto gloria habían sucumbido, la que había acompañado á su nombre y que estuvo á punto de marchitarse en su frente.

Los que saben contentarse fácilmente pudieron hacerlo recordando que la insurrección de los Principados había sido motivo para que Turquía separase del teatro de la guerra de Alí-Pachá un cierto número de tropas que al aligerar la Grecia de su peso, dieron mayor elasticidad á su movimiento. Luégo pudieron contentarse recordando que quedaban ensarzadas Rusia y Turquía, pues esta potencia, á pesar de todas las protestas de Rusia y de su resuelta actitud en contra de la revolución, quedaba convencida de que Ypsilantis había sido no más que un bota-fuegos, al que se había abandonado al ver que no prendía, y en su consecuencia fué extremando con ella su actitud hasta llegar, como veremos, á un rompimiento.

